

EL CALAFATE

Cuento basado en una leyenda aónikenk (tehuelche)



EL CALAFATE

Cuento basado en una leyenda aónikenk

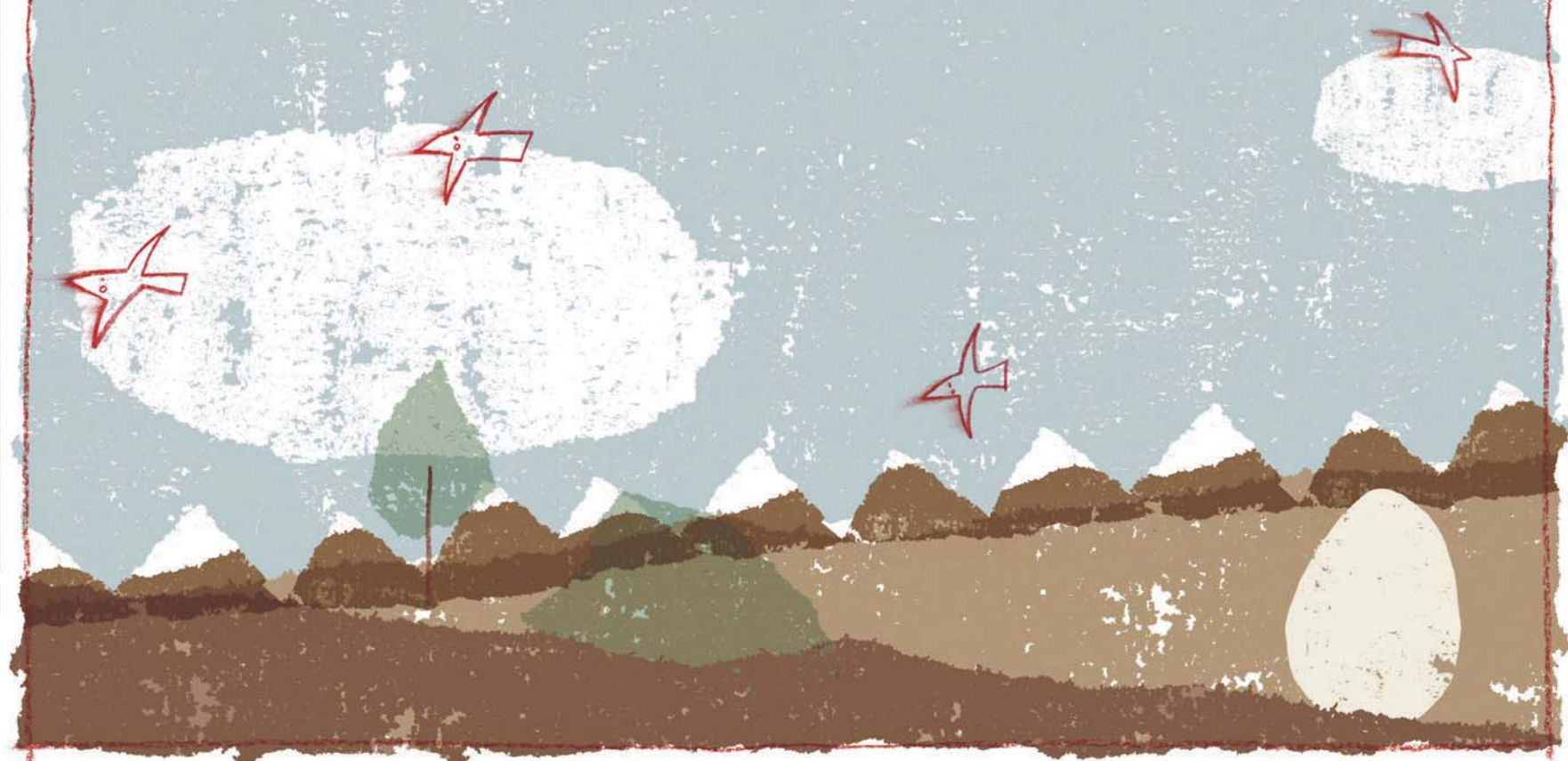
Ana María Pavez y Constanza Recart
Ilustraciones de Paloma Valdivia



editorial amanuta
COLECCIÓN PUEBLOS ORIGINARIOS



Uno de los últimos días del verano, Koonek, una anciana mujer del pueblo aónikenk, recorría las praderas de la pampa de la Patagonia en busca de plantas y raíces. Iba acompañada de su nieta Liu, a quien le enseñaba qué plantas se podían comer, cuáles servían para pintar las pieles y cuáles eran medicinales. Los días aún seguían siendo largos, pero las tardes se estaban poniendo más frías, los animales comenzaban a escasear y las plantas empezaban a cambiar su color. El otoño se acercaba.





Mientras caminaban, Liu le dijo a su abuela:

–Éste ha sido mi mejor verano. ¡Lo he pasado tan bien contigo!

La abuela, sonriendo, la miró y le contestó:

–Yo también he disfrutado mucho compartiendo contigo mi tiempo, mis conocimientos y todo mi cariño. Es importante que siempre recuerdes las historias de tu pueblo y sus antepasados. Nunca olvides lo que somos.

Cuando regresaron al campamento, las familias estaban desarmando sus toldos.

–Abuela Koonek, ¿qué está pasando? ¿Nos vamos? –preguntó Liu.

–Sí, Liu, más al norte se puede encontrar un lugar más tibio donde pasar los fríos meses del invierno –respondió la abuela.





ESTOY MUY VIEJA

Cuando estuvieron listos para partir, Liu fue a buscar a la abuela Koonek.

Sorprendida al verla, Liu le preguntó:

–Abuela, ¿porqué no estás preparada?

–Yo no iré a ninguna parte –respondió la anciana, con voz cansada–.

Ya no puedo caminar tanto. Estoy muy vieja.

Liu, impresionada, llamó a su familia para que ellos la convencieran:

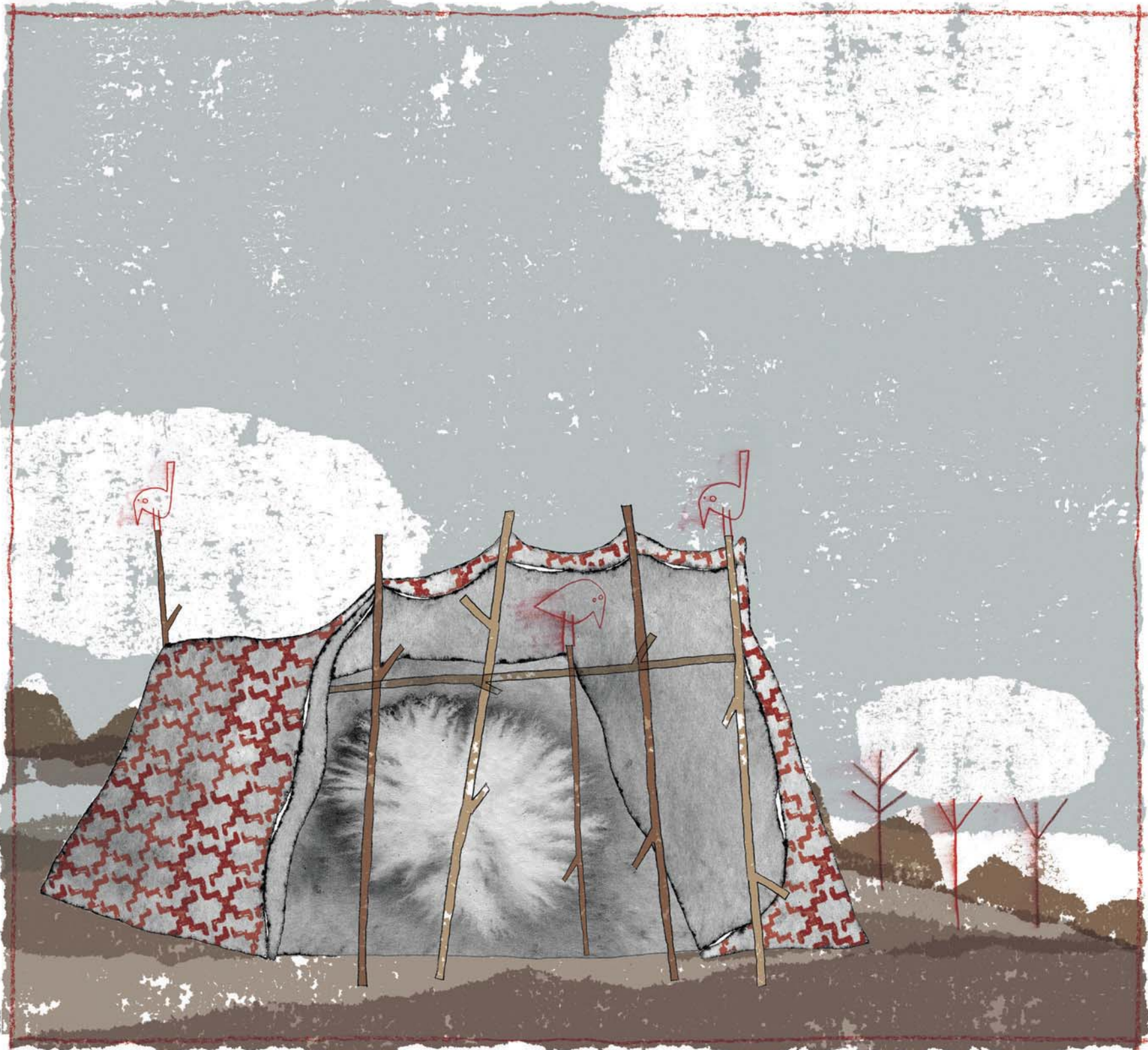
–Abuela, queremos que vengas –suplicaban los niños.

–Koonek, ven, nosotros te ayudaremos –insistió el papá.

Sin embargo, la abuela respondió con voz firme:

–He decidido quedarme.





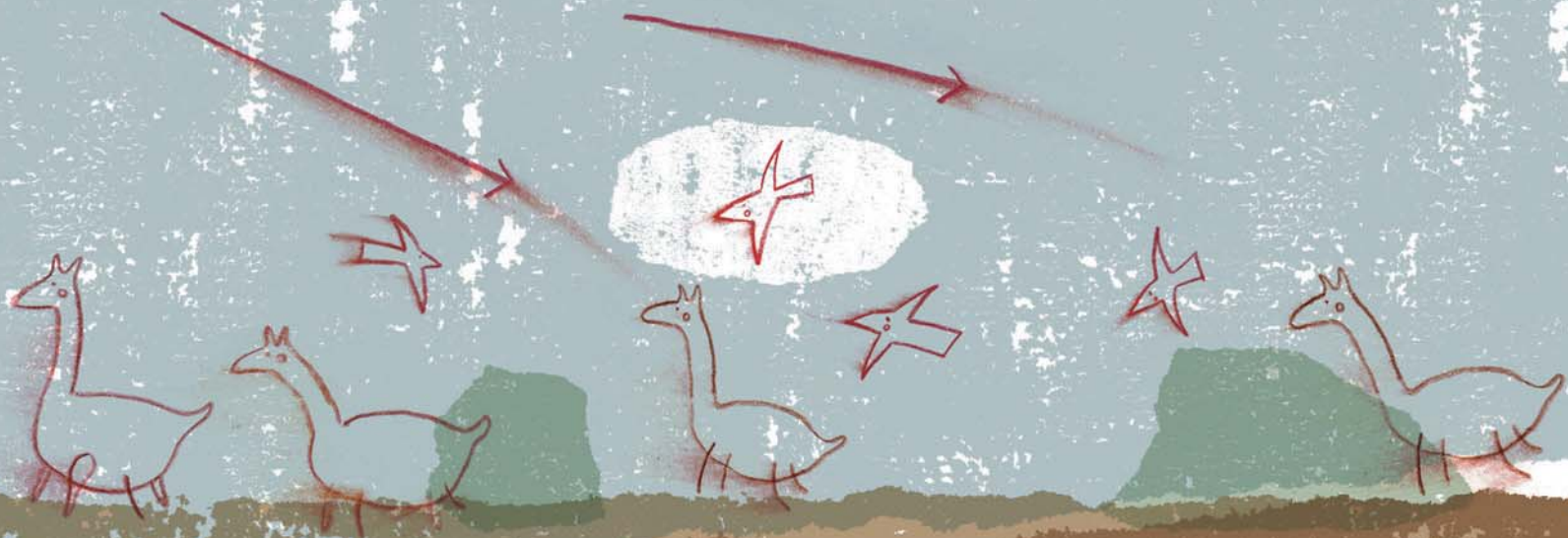
A pesar de todos los intentos del jefe y los demás miembros de la tribu, la anciana, que era muy terca, no accedió a partir. —Koonek, aquí te dejamos un toldo y suficiente comida —dijo, finalmente, el jefe. —¡Gracias! —respondió la abuela—. ¡Y por favor no se preocupen por mí! Con este toldo, la comida y unas gruesas mantas de piel de guanaco estaré bien, ya verán. Así partieron caminando, tristes por dejar a la anciana. Cada cierto rato, Liu miraba hacia atrás con la esperanza de que la abuela los siguiera. Pero pronto dejó de ver el toldo, y las lágrimas llenaron sus ojos.





Todos caminaron mucho tiempo en silencio. Tenían que avanzar hacia el norte, hacia tierras más cálidas, donde hubiera comida, en caso contrario morirían de hambre. Sabían que el invierno era muy frío; que el viento, la lluvia y la nieve eran difíciles de soportar.

Después de varios días, llegaron a un lugar donde había muchos animales. Mientras las mujeres armaban sus toldos con palos y cueros de guanacos, los hombres salieron a cazar ñandúes y guanacos con sus boleadoras, arcos y flechas.





En otro lugar muy lejos de ahí, la abuela Koonek permanecía sola. Su única compañía eran las golondrinas, los chorlos y los demás pájaros del lugar. Éstos eran los únicos que aún no se habían ido. Koonek les conversaba y compartía sus alimentos con ellos. Mientras tanto, los días se acortaban y cada vez el viento que soplaba era más frío.





Cuando cayó la primera nevada, los pájaros decidieron partir.

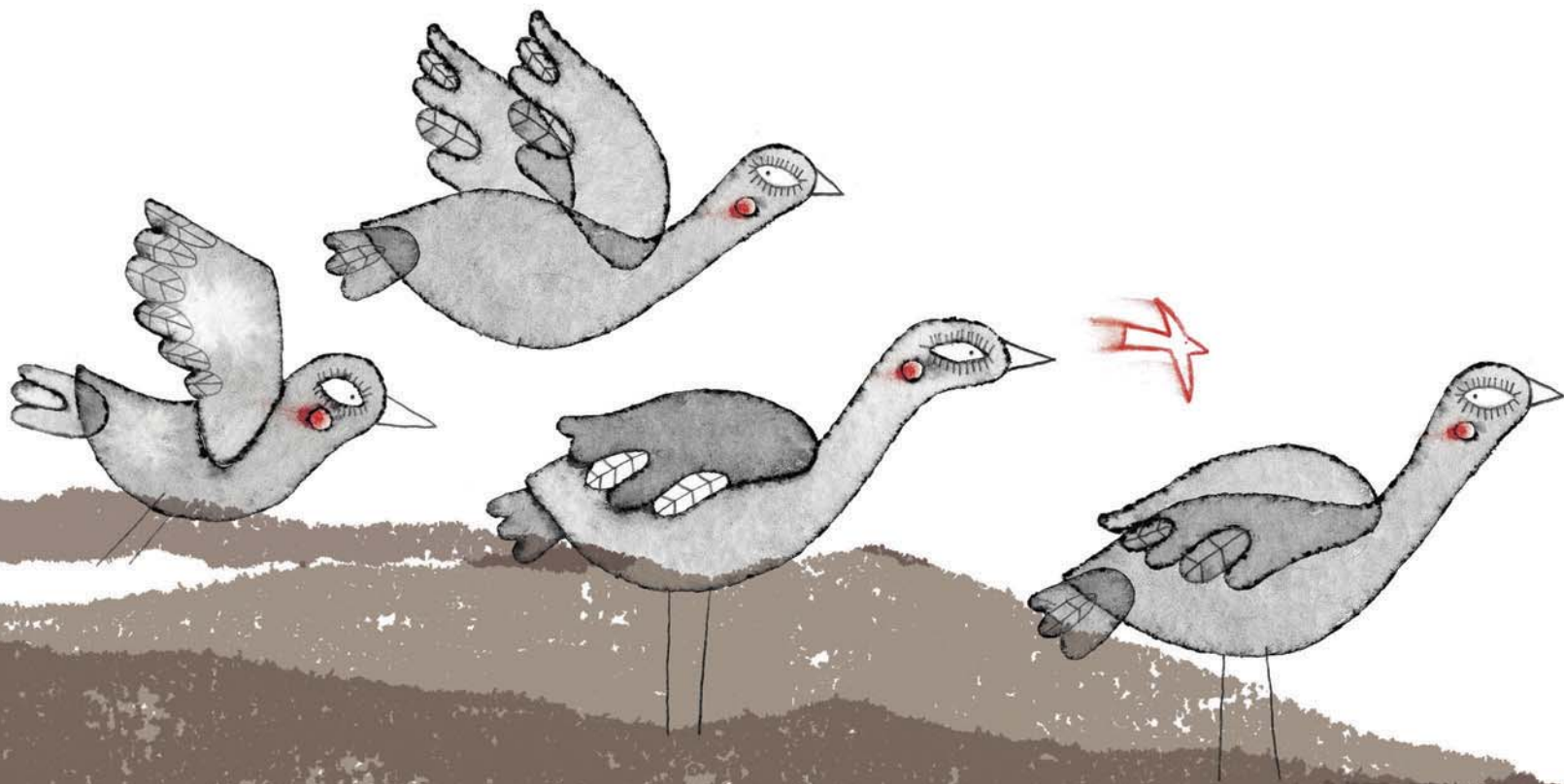
—Adiós, Koonek —dijeron las golondrinas.

—Quédense, amigos pájaros. Acompañenme durante este invierno —pidió la abuela.

—Pero si tú sabes que nosotros emigramos en el invierno. No tenemos protección contra el viento ni el frío, y tampoco tenemos alimento; si nos quedamos, moriremos

—respondieron los otros pájaros.

Entonces, abriendo sus alas, emprendieron el vuelo. Con tristeza se despidieron de Koonek pensando que nunca más la verían.

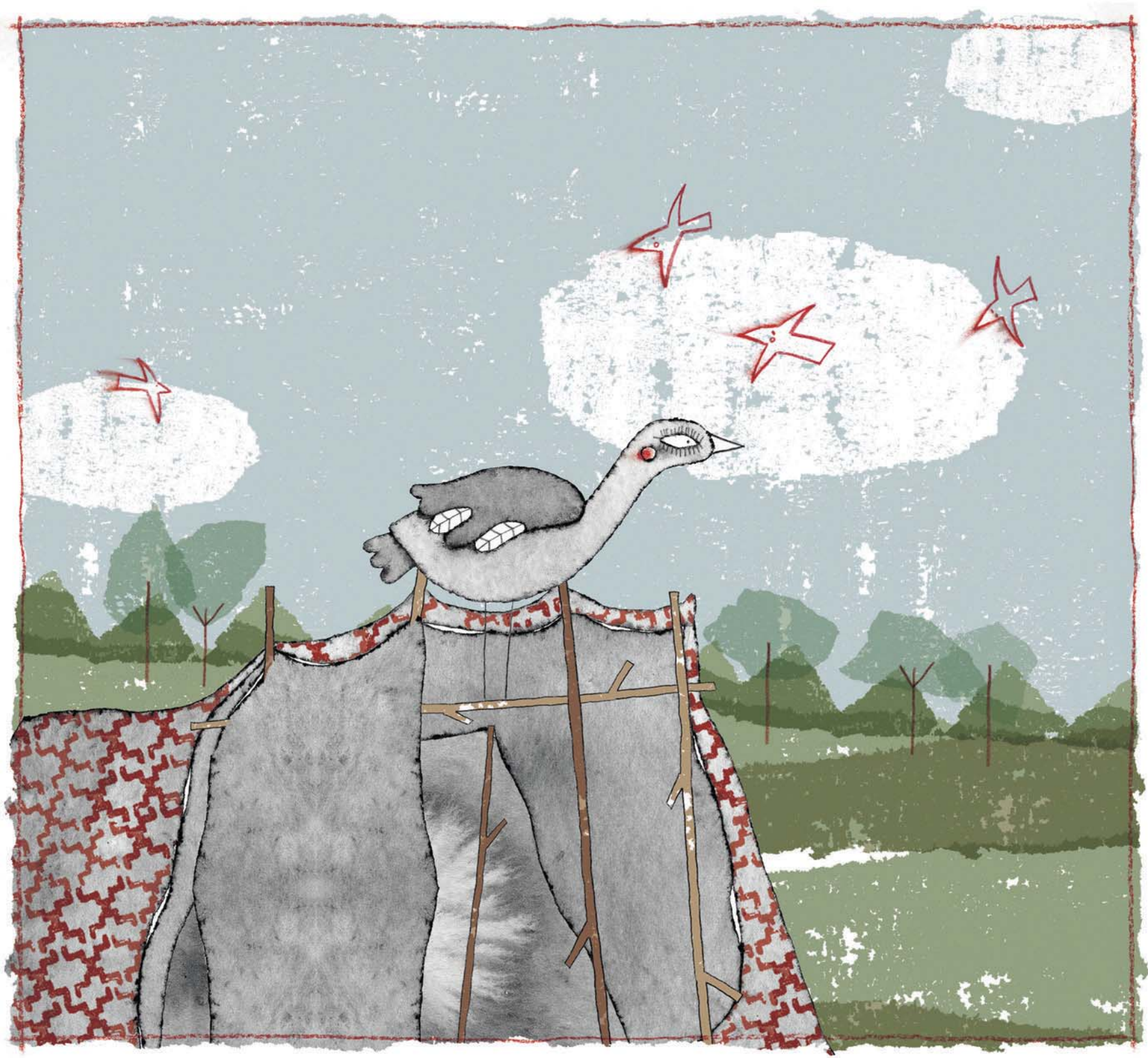




Poco a poco, todo se cubrió de nieve. El toldo de la abuela era firme y seguro, resistiría el invierno. Ojalá ella fuera tan fuerte como su toldo.

Koonek se entretenía durante los días del frío invierno pintando un quillango, un vestido de piel de guanaco para su nieta Liu. La anciana se sentaba junto al fuego y recordaba las historias de su pueblo aónikenk.





Con el paso de los días, volvió la primavera. El sol empezó a calentar más fuerte y la nieve comenzó a derretirse. Junto con la primavera volvieron los pájaros, que se alegraron mucho al ver que el toldo de Koonek seguía allí.

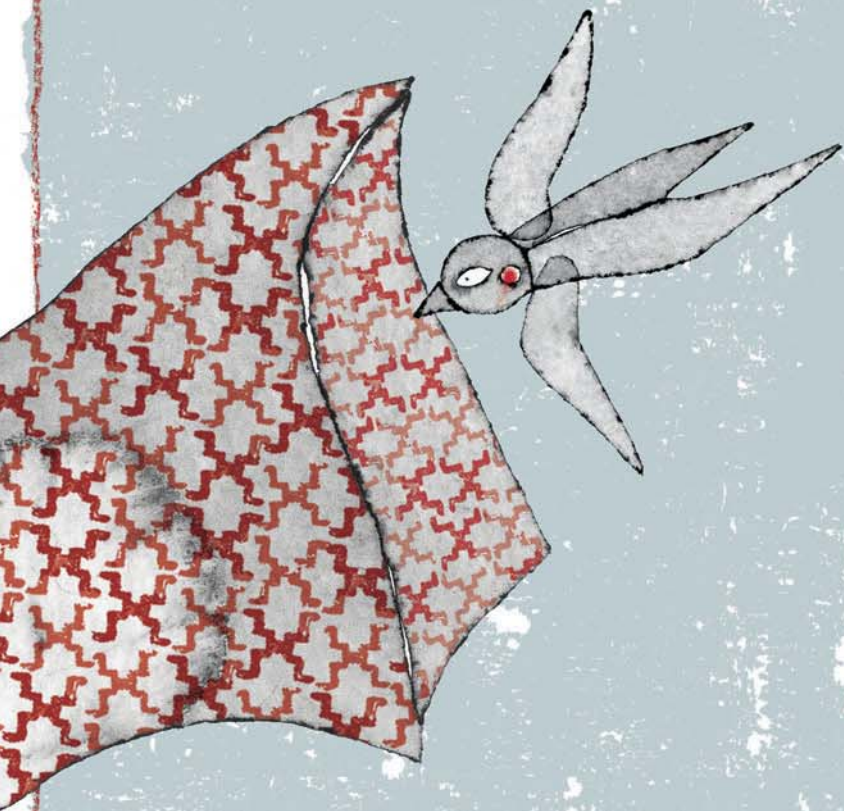
—¡Abuela! ¡Abuela! —gritaron los pájaros.

Desde el interior del toldo se escuchó la voz de Koonek:

—¡Amigos míos! Que felicidad que hayan vuelto.







Sin embargo, cuando los pájaros abrieron el toldo para saludar a Koonnek, se encontraron con una gran sorpresa. ¡Ella no estaba! En vez de la abuela, había una hermosa planta con flores amarillas muy olorosas. Los pájaros, extrañados, volaron alrededor de esa planta para ver dónde se escondía la abuela. Pero ella no estaba allí. ¡Koonnek se había convertido en esa preciosa planta!



¡ABUELA!

¡ABUELA!

Junto con la primavera y los pájaros volvió también la tribu. Liu y los otros niños, al ver el toldo, corrieron hacia él, gritando:

—¡Abuela, abuela! ¡Llegamos, abuela!

Nadie contestó. Solo había un gran silencio. Los aónikenk temían lo peor.

Entonces, Liu entró al toldo. No estaba Koonek. En vez de la abuela, había una planta.

Todos miraban con curiosidad lo que había dentro del toldo.





¡ABUELA!

La tribu buscó a la anciana por los lugares cercanos, pero no la encontraron. Liu no se daba por vencida y siguió buscando a la abuela. Koonek le había prometido que estaría allí a su vuelta. Entonces se acercaron los pájaros y le contaron lo ocurrido: la abuela Koonek se había convertido en la planta que estaba dentro del toldo. Había cumplido su promesa. Ella se quedaría en esas tierras para siempre. Liu, muy triste, se puso el quillango que había pintado su abuela. Todos los integrantes de la tribu extrañaban a Koonek y no entendían que se hubiera convertido en una planta.





Hasta que un día el arbusto se llenó de frutos pequeños, redondos y morados. Al probarlos, todos se alegraron. ¡Eran deliciosos! Desde entonces los aónikenk hacen dulce, bebidas, medicamentos y tinturas con el fruto de esa planta, al que llamaron calafate. La tradición dice que la persona que come uno de estos frutos siempre vuelve a visitar la Patagonia, la tierra de los aónikenk. Ahora Koonek, la abuela, formaba parte de la hermosa historia de sus antepasados, la que sería transmitida de generación en generación.



Glosario

Aónikenk: los aónikenk o tehuelche eran cazadores nómades de guanacos y avestruces, recolectores de vegetales y mariscos. Vivían en la Patagonia, en un territorio que ahora es parte de Chile y parte de Argentina. Se movían entre el Estrecho de Magallanes y el río Santa Cruz, el océano Atlántico y el pie de la cordillera. Los aónikenk se extinguieron en el territorio de Chile en la década de 1930.

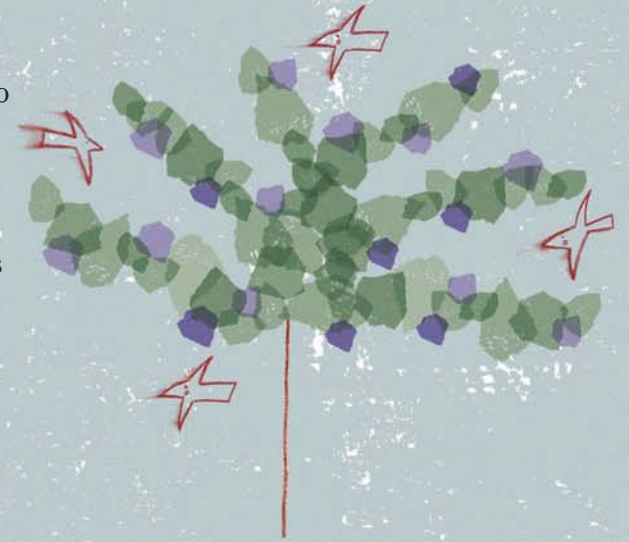


Toldo: la vivienda aónikenk o "kau" se formaba con un conjunto de palos que se ponían en el suelo a una distancia no mayor de dos metros entre sí. Sobre los palos se ponía una amplia cobertura de cueros de guanaco cosidos. Cada toldo albergaba a una o dos familias. Estaba diseñada para soportar grandes vientos y era liviana, fácil de transportar.

Quillango: manta grande confeccionada preferentemente de cuero de guanaco, con el pelo hacia adentro y que cubría el cuerpo desde la cabeza hasta los pies. Los aónikenk las decoraban con motivos de zig-zag, líneas y grecas en colores rojo, azul, amarillo y negro. Las mujeres sujetaban su capa en el cuello o sobre el pecho mediante una traba de madera o hueso y los hombres la sujetaban con una mano.



Calafate: arbusto espinoso de 1,50 metros de altura. Tiene un fruto esférico de 1 centímetro de diámetro. La flor es solitaria de color amarilla limón. Florece desde octubre hasta febrero y fructifica desde noviembre hasta abril. Se distribuye desde Neuquén a Tierra del Fuego. Su hábitat preferente es la cordillera. Sus frutos son comestibles tanto naturales como elaborados en forma de dulce o jarabe. Los aónikenk usaban el calafate para teñir telas y también para hacer remedios caseros para bajar la fiebre.



Guanaco: es uno de los cuatro camélidos de América del Sur. Es una especie salvaje, no domesticada. Es manso pero se defiende arrancando por las lomas o lanzando un escupitajo a sus enemigos. La economía de los aónikenk estaba basada en la caza, principalmente de guanacos y ñandúes, animales de los que obtenían sus alimentos, vestido, abrigo, vivienda y otras necesidades.

Ñandú: ave similar al avestruz africana pero más pequeña. No vuela y corre muy rápido. Puede correr a más de 50 km/hora. El ñandú vive en Chile en la cordillera de Los Andes, en las praderas de Bolivia, Brasil y Argentina. Se alimenta de arbustos, raíces y otros animales más pequeños.



EL CALAFATE
Colección Pueblos Originarios

© Ana María Pavez y Constanza Recart, 2005

© de esta edición:

Editorial Amanuta Limitada, 2012

Santiago, Chile

www.amanuta.cl

email: contacto@amanuta.cl

Ilustraciones y diagramación: Paloma Valdivia

Edición de texto: Nibaldo Mosciatti

Cuarta edición: Octubre 2012

N° Registro: 150.687

ISBN: 978-956-8209-27-8

Impreso en Chile

Editorial Amanuta

Todos los derechos reservados

Los contenidos de este cuento fueron desarrollados para el portal de la Comisión Bicentenario, año 2003.

Este cuento está basado en una leyenda aónikenk (tehuelche) recopilada por Echeverría Baleta, 1977.

Pavez, Ana María

El Calafate: cuento basado en un relato aónikenk /

Ana María Pavez y Constanza Recart;

Ilustraciones de Paloma Valdivia.

4^o ed. - Santiago: Amanuta, 2012.

[32 p.]: il.col.; 23,5 x 21,5 cm. (colección Pueblos Originarios).

ISBN: 978-956-8209-27-8

1.- CUENTOS INFANTILES CHILENOS I. Valdivia, Paloma, il.